

Lydia Márquez

JORGE MASCIANGIOLI

Pasaje SEAVER la calle en la mirada

Nunca podrá saberse si Benjamín Franklin Seaver, marino de la Confederación norteamericana llegado a la República Argentina para trabajar al servicio de su flota, imaginó, pensó o sintió en algún momento que su arribo a nuestro país sería definitivo, que había llegado aquí para no marcharse jamás. Tampoco podrá saberse si pudo suponer que su origen en los Estados Unidos, habría de prolongarse y perpetuarse en su extremo continental. Lo cierto es que, hacia 1814, fue candidato al mando general de la escuadra del Río de la Plata, y que habiendo recaído finalmente la elección del jefe supremo en el Almirante Guillermo Brown, se le designó su segundo, confiándosele la responsabilidad de la goleta "Julia", armada con siete cañones y tripulada por sesenta hombres. Intervino, por lo tanto, en el combate que la escuadra sostuvo frente a la isla forti-

ficada de Martín García contra la flota española entre el 10 y el 11 de marzo de 1814, y en su transcurso, batiéndose valerosamente, murió a bordo, y al pie de su batería. Había venido a la República Argentina, en fin, para dejar aquí su vida. Pero una ordenanza del 27 de noviembre de 1893 dispuso que su apellido designara a la breve calle que se extiende entre lo que se llamaba Paseo de Julio y es hoy la Avenida del Libertador, y Posadas, y que se halla situada paralelamente entre Cerrito y la llamada entonces calle de las Artes, que es hoy Carlos Pellegrini. Y de esta manera, aquel marino de fugaz y casi desconocida trayectoria en las guerras navales de nuestra independencia, dejó también aquí su nombre. Había venido, pues, para entregarnos lo mejor que le había dado su patria: su vida y su nombre, y con ellos se ha quedado definitivamente entre nosotros.

Pasaje SEAVER

En 1966 hacía ya varios años que yo había olvidado la existencia del Pasaje Seaver. Pero en el mes de mayo de ese año, y mientras me hallaba entregado a la nada agradable tarea de buscar y encontrar un departamento para comprar —decidido al fin a transformarme en propietario de mi propia vivienda—, todo sucedió casi milagrosamente. A la caída de la tarde, mientras una estruendosa lluvia agobiaba a la ciudad, elegí al azar un número telefónico en el aviso clasificado de un diario —apenas una línea, la última de la página—, y entablé entre relámpagos y truenos aterradores, una cordial, divertida y casi disparatada conversación con la simpática comisionista que, por supuesto, se interesó en mis posibilidades de probable cliente, al mismo tiempo que me comentaba los terrores de su perra Moira, espantada por la lluvia. Fue entonces cuando, tratando las condiciones de compra, me preguntó —y recuerdo textualmente sus palabras—: “¿Le interesaría un departamento en el Pasaje Seaver?”. Yo le contesté, a impulsos de un espontáneo impacto emotivo que despertaba con los recuerdos de la adolescencia y la juventud: “¿Cómo no va a interesarme? Es la calle de mis paseos nocturnos de la adolescencia, cuando nunca podía imaginar que se pudiera vivir allí...”. Y el milagro se produjo: porque al día siguiente visitaba el departamento acompañado de aquella curiosa y encantadora mujer, un mes después formalizaba su compra, y exactamente el 10 de diciembre de 1966

me instalaba en él radicándome en el Pasaje Seaver. Pero aquella primera pregunta, mezclada al fragor de los truenos y a los ladridos de Moira a través del teléfono, había recuperado en mi recuerdo la calle del marino norteamericano, que tan intensamente yo había vivido a los dieciocho años y que desde hacía mucho tiempo permanecía aletargada en mi memoria. Y esa pregunta había bastado para embriagarme de nostalgia, de aquella misma nostalgia que era la razón de ser de los sueños de nuestra juventud, cuando asomados a la época de la posguerra, nosotros, los adolescentes existencialistas, intelectuales incipientes, estudiantes de filosofía o letras, creadores en ciernes, aspirantes a entregarnos a la tarea de la cultura, trasnochábamos por las calles de Buenos Aires, ávidos de descubrir y revelar lugares insólitos, rincones misteriosos, paseos solitarios, zonas en las que la ciudad evadiera su previsto trazado urbano, regiones que nos acercaran a su médula, que nos introdujeran en lo imprevisible de su espíritu. Entonces, las incansables caminatas concluían, muchas veces, ya muy avanzada la noche o la madrugada, en el Pasaje Seaver, por donde transitábamos siempre a la espera de algún suceso imprevisto, que recorriéramos una y otra vez sin comprender que esa breve calle pudiera estar realmente habitada por hombres y mujeres como los demás, donde nos sentábamos en los peldaños de su escalera para sentirnos un poco en otra ciudad, sobre todo en París —al que siempre se la ha

vinculado—, ese París de posguerra, casi legendario, novelado, filmado, filosofado, poetizado, del que llegaban los versos de canciones celebradas y que parecían tener más sentido en el ámbito de Seaver: **Que reste-t-il de nos amours, que reste-t-il de ces beaux jours?**... El pasaje, con su también legendaria fama delictiva —más inventada por nuestra imaginación literaria que real— era siempre el obligado remate de las trasnochadas inocentes era la calle de los noctámbulos; era el rincón más misterioso de Buenos Aires; era, ante todo, un lugar que alteraba la fisonomía monótona de la ciudad con su insólito desnivel, con su aparición casi mágica en un trazado edilicio demasiado premeditado, con su fugacidad recoleta y la brevedad de su trayectoria, casi grieta o hendedura entre la edificación compacta, como un verdadero escondrijo o, mejor, como un decorado abandonado entre otras calles.

¿Quién ha dicho que nunca se vuelve al primer amor? ¿Quién puede afirmar que el primer amor jamás llega a realizarse? Yo creo que es el único que existe, porque en verdad solo se ama una sola vez, y nunca se abandona ese primer amor, el único, cuya realización existe más allá de la mera concreción que el espíritu simplista le atribuye. Heme aquí, yo, Jorge Masciángioli, escritor, habitante desde 1966 de un departamento situado en el Pasaje Seaver, donde pensaba que jamás nadie podía vivir, donde no admitía imaginar que pudiera ser algo más que un lugar extraño, para visitar, para admirar, para sentirse mágica-

la calle en la mirada



Lycia Márquez

mente en otra ciudad, en otro país. Pero el sortilegio no se ha roto; sucede que cuando se forma parte de él ya no es solo un sortilegio, sino una realidad, otra, pero realidad al fin.

¿Y qué es el Pasaje Seaver? Apenas una calle, solo una cuadra, cuyos edificios se suceden numerados nada más que en la serie de cifras del 1600. Cuando Carlos Pellegrini se aproxima a su término, antes de descender en su última cuadra y desembocar en la Avenida del Libertador, bordea una pequeña plaza: se llama Toribio Tedín. Hay en ella árboles dispuestos irregularmente sobre el terreno desnivelado, que forma suaves colinas verdes de césped, entre senderos que se encuentran y conducen al terraplén superior, donde están los toboganes, columpios y sube y baja para los chicos que colman la plaza durante las horas del sol. Allí, frente mismo a la plaza, del otro lado de la calzada de Posadas, está el principio del pasaje, a pocos metros de Carlos Pellegrini. Varios pilares de material unidos por gruesos caños de hierro forman un balcón hacia Seaver. Entre ellos se abre la escalera que, al llegar a un rellano, y escoltada siempre por los mismos pilares, se divide en dos alas y desciende hasta la calle; una calle que está un piso por debajo del nivel de todas las calles, y a la que se abarca entera de una sola mirada desde el parapeto que remata el rellano de la escalera. Algunos reconvocos de esa escalera parecen haber elegido el destino de hornacinas o pedestales para estatuas que al-

gún día —o nunca— se pondrán. Dos estrechas aceras señalan el trazado de la calzada adoquinada, y a lo largo de la única extensión de una sola cuadra se suceden sus variados edificios. Los dos primeros, enfrentándose, y de los que la escalera forma parte, están destinados a viviendas, y tienen la altura de sus siete y once pisos. En uno de ellos está la sede de la Embajada de México; en el otro las instalaciones de un instituto japonés —kumazawa— de cultura física, en el mismo recinto que durante muchos años ocupó la academia de danzas de la ex bailarina Ekaterina de Galantha, célebre en todo Buenos Aires. Los dos edificios siguientes, de un lado y otro de la calle, son un viejo corralón de muros rosados y ventanas enrejadas por cuyo portalón abierto se ven siempre leña y papas apiladas —también macetas con plantas y flores, y algún gato negro huidizo y trasnochador—, y los fondos de La Porta D'Oro, restaurante cuya entrada se abre del otro lado, sobre Carlos Pellegrini. Una antigua casa, también con muros rosados y ventanas de rejas, sigue al corralón: una placa, inserta entre los ladrillos de la fachada, explica: "A Chalo, sus discípulos de Seaver. 19-3-1945", y testimonia que el escultor Leguizamón Pondal la habitó algún día. Frente a ella, otra vivienda: una entrada bordeada de plantas, ventanas y balcones con largos postigos despintados, una amplia puerta cochera. Y al lado otra: los fondos de una pensión, que enfrentan, del otro lado de la calzada, las paredes y la puerta de un inquilinato. Y luego, Can-Can, un club nocturno con dos vidrieras que exhiben afiches de Toulouse Lautrec, y un letrero multicolor que se enciende a partir de las once de la noche. Un depósito comercial; los fondos de otra casa de pensión; un garage o taller mecánico cuyas oficinas se abren sobre Carlos Pellegrini; una casa de departamentos de cinco pisos precedida por una vieja verja negra —la que yo habitó—, y enfrente otra vivienda; y junto a ésta, otro bar nocturno, Vudú, cuyo letrero luminoso enrojece por la noche la fachada blanca y arquitectónicamente compleja. Y más allá siguen otros inquilinatos, y otras casas de departamentos de varios pisos, y una puerta cochera rematada en la altura por una enredadera poblada por el bullicio de pájaros aturdidores, y nuevas viviendas y más departamentos, y el edificio de una empresa; y allí, los arcos de la recova de la Avenida del Libertador, donde concluye el pasaje.

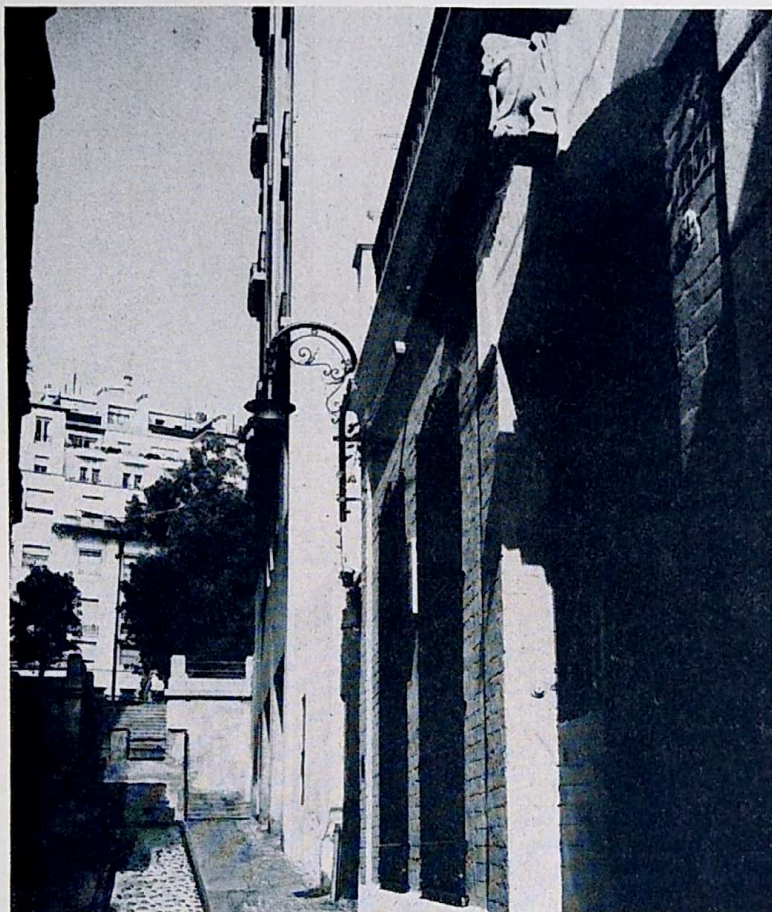
Pasaje SEAVER

¿Cuántas cosas he visto y sabido desde que vivo aquí? Muchas, pero no agotan ni mucho menos la historia de esta única cuadra que es nada más que una calle, y que en sí misma constituye todo un mundo. He sabido, por ejemplo, que en el departamento que ocupó vivió Jorge Jaumandreu, hermano de Paco, el famoso modisto; y vivieron también las vedettes May Avril y Xenia Monty. He sabido que en el mismo edificio habita Bibi Zogbé, la pintora en cuyo curioso y grato departamento hemos cenado con Manuel Mujica Láinez y otros amigos; y el arquitecto Blaquier Urquiza, y Aguirre Legarreta, hermano del actual embajador argentino en París; y la ex cantante y actriz Irina Alexandrovna. He sabido que el presidente Alvear estuvo también en esta casa, visitada en otra época por muchas otras interesantes personalidades de la más diversa extracción intelectual y artística. He sabido que a pocos metros de Seaver, sobre Posadas, vive Alejandro Bustillo, el importante arquitecto argentino a quien hace mucho tiempo —antes de haberme trasladado a mi nuevo domicilio— prometí una visita que todavía está pendiente. He sabido que en una de las casas de departamentos cercana a la Avenida Libertador vive el ex actor y cantante Emilio de Grey, dedicado desde hace años a pintar esta calle en cuadros que adquieren conocidos actores y actrices de televisión. Y luego, en otras calles de los alrededores, residen Eduardo Mallea, Norah Lange,

Osvaldo Rossler, Hilda Bernard, etc., etc. . . escritores, intelectuales, artistas, profesionales; gente, en fin, que mucha otra gente conoce, y admira, y respeta.

Y he visto cómo cada momento de la jornada tiene su color y su atmósfera en Seaver: el sol, que sube desde el río, por detrás de la estación de Retiro, que se escurre rápidamente de una acera a otra lamando con su lengua amarilla las fachadas, y que muy pronto deja a la calle en su habitual y clara penumbra grisácea; la lluvia, que la hace relumbrar y parece desnudarla con su agrandada soledad silenciosa; la bruma y la humedad, que la ciñen más aún, como si esa grieta a la que se asemeja tanto, quisiera empastarse y cerrarse definitivamente; el calor y el frío, que no logran trastornar su insólito aislamiento —la calle mantiene siempre su insobornable serenidad, mientras en torno se perciben, pero como distantes, el trajín de los vehículos, las sirenas de los barcos en el puerto, los penetrantes silbatos del ferrocarril, el sordo rumor bullicioso de la ciudad—, ni varían su mutismo, ni transfiguran su aspecto de refugio recoleto. Y he visto la constante sucesión de automóviles alineados en una sola hilera contra una misma acera, la mayoría de los cuales son taxis cuyos dueños o choferes, en sábados y domingos, se dedican a reparar o lavar. Y he visto, de pronto, al regresar de un breve recorrido en procura del diario o de cigarrillos, y siendo todavía

la calle en la mirada



Lydia Márquez

temprano por la mañana, a hombres y mujeres atareados en una filmación, aprovechando el decorado de la calle. O a los numerosos e interminables turistas que recorren lentamente el pasaje tomando fotografías desde todos sus ángulos posibles. Y entonces, de la misma forma insólita en que la calle aparece de pronto entre las otras, suceden en ella cosas también insólitas. Y un día, por ejemplo, es el actor Fe-

derico Luppi, que corre huyendo de veinte o treinta modelos ataviadas con las ropas más dispares, porque desde lo alto de la escalera una cámara cinematográfica registra la escena que formará parte de una película. Y otro día, contra las paredes en las que se han garabateado los nombres de Gilbert Becaud y Mina, es la modelo publicitaria Chunchuñá Villafaña la que filma una propaganda televisiva. Y otro día es el

actor Jorge Salcedo, que llega para visitar a su colega Emilio de Grey. O, una tarde, a la hora de la siesta, es un cortejo fúnebre que acompaña a pie el féretro de uno de los vecinos de cualquier inquilinato, hasta el coche que espera en la esquina de Seaver y Libertador: mujeres de luto con grandes pañuelos negros en torno de la cabeza, chicos, ancianos, hombres y mujeres que remedan, de pronto, la imagen de un entierro en cualquier aldea italiana o española. O una madrugada, cerca de las cuatro, es un borracho al que arrojan a la calle desde un auto que entró en el pasaje y se retira luego apresuradamente, mientras el hombre se incorpora balbuceando y se pone a contar torpemente el dinero de su billetera. O cualquier otra noche, es un auto que llega frente a uno de los bares, y un hombre que sale de él la emprende a golpes con la mujer que ha descendido del coche, mientras su acompañante observa impasible la escena. Y otro día, a media mañana, y bajo un sol resplandeciente, es un hombre ataviado con un impermeable, que corre a lo largo de la calle perseguido por otros dos, porque en la serie televisiva que se está filmando se trata de la caza y muerte de un ex-malechor al que se captura en París. Y otro día, son algunos alumnos de la Escuela Nacional de Teatro que filman también su pequeña película inicial, un cortometraje de cuyo tema soy el responsable, aunque ellos lo sean del desorden de mi departamento, utilizado como vestuario y oficina de filmación. Y otro día... y otro día... Es una sola calle, y sin embargo siempre ocurre algo en ella. Y esta calle está en Buenos Aires, aunque la mayoría de los taxista me miran inquisitivamente cuando la indico, porque no la conocen. Y a pesar de no ser ya un adolescente, sigue pareciéndome un rincón fascinante y único de la ciudad. Y pese a su celebridad europea —“Parece un rincón de París”, dicen los más—, yo encuentro que es firmemente porteña, porque el río está muy cerca, y porque a una calle la hace la sangre que la habita. Y a esta calle, que recibió el nombre de un marino norteamericano muerto en el río y al servicio de nuestro país, se la abarca entera en una mirada, tiene la exacta medida de una mirada. Una mirada, que es donde cabe todo el cielo, o el amor, o la distancia de un adiós, o la profundidad infinita de otra mirada. También el Pasaje Seaver es una calle que cabe en una sola mirada. Por eso siempre puede llegar a ser la calle de todos.